

VERBORRE

FANZINE
Vol. II

A red, hand-drawn style symbol consisting of a circle with a diagonal line through it, resembling a stylized 'A' or a common anarchist symbol.

2018

VERBORREA

[ber.βo're.a]

1. f. coloq. Verbosidad excesiva.
2. f. Facilidad o manejo de la oratoria.

En los últimos meses hemos visto como poco a poco nos convertimos en una sociedad cada vez más hostil. Inmigrantes han sido denigrados en distintos ámbitos laborales y sociales, mujeres asesinadas ante un público sediento de más violencia, estudiantes humillados por F.F.EE., personas erradicadas de sus viviendas obligadas a acudir a las calles, las mismas calles que han visto a la gente ser tratada como basura; cacerolazos clasistas para evitar viviendas sociales, y medidas para tratar la educación como un negocio que no promueve el librepensar, entre otras. Si bien la lista podría ser más extensa, es suficiente para pensar que el mero hecho de existir fuera de la cúspide capitalista es el peor crimen que alguien pudiese cometer. Solo queda preguntarnos, ¿hasta dónde llegará todo esto? ¿qué podemos hacer para evitar la inminente y lenta caída al vacío?

“Quien no se mueve, no siente sus cadenas”

— Róża Luksemburg

Contenido

- 5. ¿Qué hacer para no estar muerto?
- 9. Piñera
- 11. Pequeños demonios
- 15. Libertad a libertad
- 18. La ceguera de Edipo
- 20. Fragmentos
- 23. Lxs otrxs más bonitxs
- 24. No tengo tiempo
- 25. La tetera se va a enfriar
- 26. Por instantes
- 27. Tu rumbo
- 29. Santiago

¿Qué hacer para no estar muerto?

¿Qué hacer para no estar muerto? La respuesta es más que clara: vivir. Pero, ¿Cómo vivimos? Esa respuesta la encuentro justo fuera de estas líneas, pero es necesario leer las líneas para entender por qué esto no es vida.

Mientras escribo este ensayo, infeliz ensayo, pienso en qué haré la próxima semana, en las próximas vacaciones, en la siguiente gran aventura que la vida guarda para mí. Por desgracia, la próxima semana tengo clases, las próximas vacaciones estaré pensando en la PSU y la siguiente gran aventura pasará por mis narices y no podré vivirla, no porque no quiera, sino porque no puedo. No puedo porque tengo una vida de la cual hacerme cargo, con sus responsabilidades y privilegios. Esta incapacidad de vivir nos mata, ¿por qué no podemos escapar? No podemos porque somos esclavos, gente destinada a vivir la vida que otros eligieron para nosotros y no la vida que queremos. ¿Cuál es el sentido de prepararnos trece años para la vida, si esa vida no es la que queremos? Y aun así, sobreviviendo estos trece años en una vida ajena, cuando llega el momento en que debemos elegir qué hacer por el resto de nuestra vida, ¿elegimos lo que realmente nos apasiona? Pues yo

creo que lo que nos apasiona en ese momento de nuestras vidas está basado en una experiencia muy limitada porque desconocemos millones de opciones, miles de formas de vida y un mundo entero que espera por ser descubierto, pero no podemos, porque el ritmo de la vida, acorde a un sistema deshumanizador, nos toma, y ya habiendo adquirido los conocimientos necesarios, nos hace parte de su engranaje. Entonces, nacemos muertos, sin oportunidad de hacer camino al andar, porque nos llevan por un camino descubierto.

Al nacer, el ser humano lleva consigo una antorcha que ilumina cada lugar, y nos invita a explorar en profundidad los misterios de la existencia, pero son los adultos quienes nos arrebatan la antorcha y la apagan lentamente. Nos enseñan verdades absolutas, patrones morales y un orden perfecto de las cosas, nada de esto puede ser cuestionado, y si es cuestionado, caen las penas del infierno sobre los insurrectos. Si vivimos en una sociedad que no concibe la curiosidad como un elemento del desarrollo, es que finalmente, por la vía de la represión, matamos la

curiosidad de los niños y los uniformamos según nuestra visión de las cosas. Una visión nublada y destinada a mantenernos en la suspensión, en la muerte. ¿Cómo vivir? Para vivir no existe un manual, no existe una fórmula ni un método. Es la constante exploración, mediante la curiosidad, la que nos permite conocer la vida. Esa vida sensorial, la vida que realmente importa. Vivir implica dolor, felicidad, tristeza, alegría, llantos, gritos, sonrisas. Se transforma en una obligación entonces, rebelarse contra el sistema, contra la uniformidad, contra la suspensión, contra el colegio y contra este ensayo mismo, pues, en lugar de explorar las distintas dimensiones del universo, me encuentro aquí, aceptando de forma sumisa cada palabra que me han enseñado, como una verdad absoluta. El aquí y el ahora, pasan a ser lo único importante, ya que siendo el pasado sólo recuerdos y el futuro expectativas, es el ahora, el único punto donde podemos generar un cambio en la realidad. Es ahora el momento en que podemos vivir. “Carpe Diem”, vive la vida así. Tomemos las riendas de nuestra vida, o muerte mejor dicho, y transformemos cada latido de nuestro

corazón en un sentimiento profundo que nos mueva a mejorar el mundo. No se trata de no estar muerto, se trata de estar vivo. De disfrutar tanto los momentos dulces como los amargos, pues la vida es eso, una danza imparables que nos regala todo lo que podemos imaginar y mucho más. No nos cerremos a las costumbres y al orden actual de las cosas. Cuestionemos las verdades absolutas, hagamos oídos sordos a los adultos y sigamos nuestro propio camino. Construyamos una sociedad más justa, más humana y más libre. Demos vida a nuestra vida. ¿Salgamos de la cotidianeidad?

Piñera

Un güiña está fugitivo
Brazos cortos mal armado
Incluso un banco ha robado
Se nos muestra positivo
Ese pillo vomitivo

Que abusa de la ignorancia
Del pueblo con eficacia
Vendiéndoles la pomada
Aunque deje la cagada
Con su moral algo rancia

Tiene a la monga de goma,
Sus hijos de palo blanco
Nietos socios de atraco
Y como si fuera broma
Corrupción en el genoma

Sus amigos son peores
Pero sólo son peones

Ahora formalizados
Exministros querellados
Son corruptos por montones

La masa igual por él vota
Aún viendo sus chanchullos
Es maestro del chamullo
Cree que nadie lo nota
Piensa que la gente es tonta

De eso Piñi se equivoca
Ya no más dedo en la boca
A pesar del facho pobre
Que su codicia zozobre
Para darle un tapaboca

Pequeños demonios

Su ojo apuntaba al casco verde a través de las rejas, pero hasta que la botella cayera, ni sus brazos ni sus manos eran de fiar. Como una luciérnaga, la estela de fuego se alejaba con ira a través de los árboles y del cableado eléctrico. Después de tantos encuentros ya contaba con una puntería bastante afinada, pero las variables eran tantas que incluso los más experimentados erraban igual de a menudo. En cámara lenta vio como la parafina encendida se esparció por el pavimento: Su puntería aun necesitaba ajustes. Cuando era momento de encender la siguiente, un cortante sonido metálico contra pavimento acompañado de ensordecedores gritos se tomó el lugar. Habían entrado: Ocho tortugas y un guanaco. “Rector reculia’o,” pensó mientras daba la media vuelta y corría a través del museo y la biblioteca a esconderse, sacarse el overol, y cambiarse de ropa. Cuando pasó por la mona sin cabeza y los tarros de reciclaje, pudo ver dos tortugas acercarse a velocidad. Una de ellas tropezó y a la segunda la esquivó como una liebre. “Historia debe estar ocupado,” pensó cambiando su curso a las canchas del fondo. Casi siempre estaban sus compañeros jugando o tomando, pero esta vez habían salido todos corriendo con el sonido del metal cayendo al piso. Al menos eso pensó. Todos saben de qué se trata.

Cuando llegó a las canchas, se escondió tras un cuarto y unas planchas de cholguán. Mientras se cambiaba de ropa pudo oír cómo se llevaban a un compañero. Con la cara ya destapaba y contra 3 tortugas, no era mucho lo que podía hacer. Su código dictaminaba apoyarse hasta el final, pero en una situación como esta era imposible. “Pa’ que aprendái a respetar a la autoridad pendejo culia’o,” se escuchaba de fondo mientras se ponía sus pantalones. “Tíranos piedras ahora po’ conchetuma’re,” mientras se ponía las zapatillas y escondía el overol bajo las planchas. “Párate hijo de puta,” fue lo último que alcanzó a escuchar antes de deslizarse debajo de una pandereta rota y caminar hacia la avenida como si nada hubiese pasado.

Recuperando el aliento, lentamente caminó con sus manos tapando su boca. Aunque ya poco le afectaba, no podía levantar ni la más mínima sospecha. Una gota de sudor corría por su frente mientras las sirenas y el gas lacrimógeno acrecentaban su distancia. Tenía miedo. Si se detenía, hasta ahí no más llegaba todo: Sus sueños, sus ideales, su carrera, todo. Debía seguir luchando, y para eso, debía seguir caminando, por ella y por sus compañeros. También por esos pequeños demonios que, como diría su madre, le sacaban canas verdes día tras día.

Le quedaban 2 horas antes de empezar la jornada laboral. Tiempo de sobra dado por la abrupta intervención de las tortugas y el guanaco. Tenía que ir a su casa a nuevamente cambiarse de ropa, y eliminar el olor a parafina que probablemente nadie más sentía, pero que a ella le quemaba la nariz. De su compañero se preocupaba después, no había tiempo.

En su trabajo saludó a sus colegas y comentaron la marcha de la mañana mientras veían las noticias en un viejo televisor que transmitía en blanco y negro. De su compañero no se había hablado nada. “Pendejos culiao’s” decían los que se jubilaban en un par de meses. “No pude ir,” agregaban los que habían llegado ese mismo año. “Claro, yo apoyo, pero cuando se ponen violentas no me gustan,” dijo. Sabía qué decir y cuándo hacerlo. “Ya, me toca. Nos vemos,” se despidió mientras tomaba un alargador, unos parlantes, y un proyector. El resto de las cosas que necesitaba estaba en su pesada mochila.

Caminó apresuradamente al salón bajo el número 202. Cerró la puerta. Unas bajas voces se extinguían con asombro por su presencia. Caminó hacia el escritorio y dejó un libro gris que estaba a punto de desarmarse, pero que un exceso de cinta adhesiva lo mantenía con vida. Giró ligeramente hacia su izquierda. Levantando sus cejas,

suprimió una risa de emoción que se vio como la mitad de una sonrisa mientras miraba a esos pequeños demonios. 45 pequeños demonios que la miraban expectantes, contentos, con inocencia.

“Good afternoon, class!”

“Good afternoon, miss!”

Libertad a libertad

Aunque difícil el proceso de entendimiento que atravieso, hoy quiero superar y pasar de las etiquetas como las que utiliza el mercado, para sentirme seguro del sueño que trato de vivir día a día y por el que el insomnio, en muchas ocasiones, me dejó de importar. Quédense con sus necesidades de jaulas vestidas de libertad que más allá del cómo se categorizan las necesidades de mi clase, no reconocen más que los actos. Y en ellos, que les dé un mínimo de esperanza para dejar de ser parias en esta sociedad en que no somos más que la escoria, el deshecho de esa parte de la sociedad "ciudadanamente" responsable y republicana que quiere "salir adelante" en la búsqueda del modelo de vida que miran en esxs maldtixs que gozan de ser ese modelo a costa de la explotación, sufrimiento y miserias de lxs que, como ellxs, quieren vivir, pero que, bien saben, nunca podrán alcanzar. Porque para nosotrxs: lxs pobres, explotadx y oprimidxs, perseguir ese modelo nos hace ver y parecer como un/a perrx que nunca se cansa de perseguir su propia cola.

Quiero pasar de la hostilidad teórica y comenzar a utilizar la teoría para lo que es: aprenderla y destruirla según sea

la necesidad del caso. Quiero pasar de la obstinación romántica y de la soberbia identitaria que se tiene sobre la historia revolucionaria para poder verla e interpretarla como lo que es: hechos inamovibles del pasado del futuro que deseo cambiar hoy.

En mi corazón vive la Anarquía, pero no sé si Anarquía es hoy lo que le podemos ofrecer a nuestra clase para que, junto a nosotrxs, se volquee a sus espacios para organizarse y organizar la revolución—lejos de estar cerca de esa imagen de epopeyas que tal imaginario tenemos en nuestras cabezas—. En mi corazón vive la Anarquía, pero de pronto no vendría mal preguntarse si es que ya no perdimos esa batalla y nos encontramos enfrentándonos a muñecos, cuales espantapájaros, creyendo que son en verdad el enemigo, mientras que ellxs, lxs malditxs, se encuentran acuarteladx, uno o dos pasos más adelante, preparando el siguiente golpe y así poder estar listxs para cuando nosotrxs, al fin, nos demos cuenta que ya no eran ellxs, sino muñecos a los que metíamos balas, entre risas, pensando que, al fin, nuestras tácticas habían sido certeras.

En mi corazón vive la Anarquía porque en mi corazón vive una libertad reprimida y sedienta de salir a volar sin temor alguno por el mundo. En mi corazón vive la Anarquía

porque ansío libertad, pero, quizá, cuando conocí a Libertad, la conocí bajo el pseudónimo de Anarquía, sin yo saber que Libertad es libre y puede llamarse como quiera mientras en colectivo seamos capaces de reconocer en ella su desenfrenado deseo de ser, de una vez por todas, conocida como Libertad.

La ceguera de Edipo

Compararla con tu madre
para que rompa en llanto.

Que ella existe
porque tú la nombras.

Malas citas
proferidas con rabia.
Recuerdos efervescentes
sobre la mesa.

Conversaciones etéreas
entre el humo del tabaco.

Alimentos que planean
entre rastros de animales.

Maceteros quebrados
rimando con los platos.

Soluciones patafísicas
para tomar en serio.

Concilios poéticos
y fe en las matemáticas.

Se retuerce el útero mental
con los traumas de niñez.

Los mismos sonidos
se repiten entre los muebles.

Aullidos de hembras

pariendo entre alambres de púa.
Aullidos de machos
chocando contra la misma pared.
El cortejo más romántico
es el cortejo fúnebre.
Las cosas mejoran
pero la mirada se desgasta.

Fragmentos

Fragmento 1

Una voz quebrada sale desde el fondo de su garganta:
“Mamá.”

“¡Tranquilo, mijo! Si tiene que estar en algún lado por aquí...” le responde mientras da vuelta y revuelve cajones buscando la panacea. “Tu tía Pati me dio el número porque su hijo se enfermó de lo mismo”. El incesante sonido de distintos objetos chocando con la madera del cajón le revienta la cabeza. No puede más.

Felipe es una copa quebrada que está esparcida por toda la habitación. Hecho pedazos y polvillo.

“Mamá,” insiste.

Fragmento 2

El tibio sudor del bus lo marea. No puede escapar del aire ni apagar la calefacción. Siente náuseas. Aburrido se apoya en la ventana y su frente dibuja un óvalo en donde se

pueden ver los autos en la carretera. Un centenar de luces rojas se fugan en el horizonte. El taco le da un poco más de tiempo ante la inevitable conversación con su madre. Un colectivo le recuerda los paseos familiares con sus padres cuando iban al mall en Santiago. Su padre escondía su rabia a través de unos pesados lentes negros y labios apretados. Su mamá escondía sus penas comprando ropa. La imagen de su madre le hace revolver su estómago. Lo pone nervioso. Pone música. Cambia una canción. Cambia la siguiente. Siguiente. Siguiente. Escucha 10 segundos de una balada. Siguiente. Siguiente. Se duerme.

Fragmento 3

Felipe se pierde; no se quiere devolver. Camina sin rumbo por calles oscuras. Enciende un cigarro. Se marea. Lo apaga. Camina.

Fragmento 4

Carrete de viernes en los pastos. Felipe cabizbajo bebe de una copa plástica. Conversa con monosílabos. No. No. No sé. Sí. Parece. Hoy día. Sí. Los rayos dorados de la tarde hacen que sus ojeras y ojos hinchados se vean poéticos. El olor a tierra húmeda camufla el vómito de su

desesperación. Su bus sale en 52 minutos. 51. El tiempo corre pero el camina al paradero. Se despide. Lloro. Camina.

Fragmento 5

Felipe toma un café cargado y rechaza el pan con mantequilla que le ofrece su madre. Miran las noticias. El equipo A le ganó al equipo B. Disturbios en la marcha de la tarde. Famoso pastor usa bandera de alfombra. Nueva línea del metro. Felipe apaga la tele y sus miradas se cruzan.

“Mamá. Te tengo que contar algo”.

Lxs otrxs más bonitxs

Hay gente que es bonita, pero hay otrxs que somos más bonitxs. Hay gente que se maquilla, se afeita, se peina, y después venimos nosotrxs. Hay gente que combina, que luce, que sigue modas, y después venimos nosotrxs. Hay gente que ejercita, que va al gimnasio y come sano, y después venimos nosotrxs.

¿Y quiénes somos nosotrxs? Somos a quienes nos viene bien los lunares en la sonrisa, la mancha en el ojo, el pelo sin peinar, los pechos sin sostén, lo primero que sacamos del closet y la tristeza enorme que se nos escapa en la mirada. Es nuestra esencia, no somos nada, pero a la vez somos todo. Somos rabia, alegría, risas, enojos, somos llanto, gritos, descarga y valentía. Somos de todo, menos felicidad.

No tengo tiempo

Me dices que es fácil, que deje de buscarte, que no era para tanto. Quizá no era para tanto, pero se sintió como si hubiera sido mucho. Rellenamos muchos huecos vacíos el unx al otrx. Me dices que es fácil, que no vale la pena, que podemos seguir siendo amigxs, que te preste mis libros, que me regales cosas, pero para mí son más valiosas que para ti. Me dices que es fácil, así como si nada y mi mente queda en shock porque no entiende de desprenderse tan a la ligera de nadie. Me dices que es fácil y que te dé tiempo, pero tiempo es lo que menos tengo. Estoy cansada de esperar a la gente que tanto quiero, porque es a quienes más espero. Espero que me busquen, que me llamen, que me inviten, que se disculpen, porque me hirieron, como yo lo hice. No tengo tiempo de esperar, porque yo sé cuándo quiero y si usted tiene que pensar si me quiere o no, váyase a la chucha, no tengo tiempo.

La tetera se va a enfriar

Un día me buscan, me preguntan dónde estoy, si podemos juntarnos a tomar el té, como lo hacíamos antes. Yo les digo que vengan, que la tetera está puesta, que es mi primera taza y que me tomo tres. Me dicen que no me encuentran donde solían recogerme y yo les digo que estoy a 12 horas en bus, que no tarden, que la tetera está a punto de hervir y que no quiero seguir esperando a nadie.

Por instantes

Camino por San Diego, con dos amigos, a las 10 de la noche. Poca gente en la calle, muchos autos. Tenían miedo, pero yo no. Mi corazón latía fuerte, se sentía en casa con ellos dos a mi lado, lxs tres rapadx de camino a una tokata. Cuando terminó éramos cuatro, caminamos de vuelta con el cuerpo cortado, las patas a la rastra, con olor a cigarro, pito y cerveza.

Quizá para ellos no fue tan importante, pero yo recuerdo ese día cada viernes que pasa. Pertenecí por un momento, en algún sitio, a un grupo que actualmente está dividido. Y corroboré que no soy de ningún lugar y que por más que lo intente, la soledad siempre vuelve. Perdí la fe, todo tipo de esperanza en la pertenencia que tan bien me hacía sentir. Aún duele, no lo niego y tengo que seguir. Sin ellos la vida no será mejor, pero con ellos lo fue por instantes.

Tu rumbo

Se cumplen las seis de la mañana y sin previo aviso se empiezan a escuchar. Es el sonido de la ingeniería automotriz, del calor indómito de la maquinaria. Y salen de todos lados. Av. Manuel Rodríguez se convierte en un espectáculo de luces cálidas, candentes, cegadoras, y con esto también viene el ruido y la angustia. En ese instante, sin abrir mis ojos, es que me doy cuenta que ha comenzado un nuevo día y me pregunto por el sentido de la vida, de lo que hacemos luego de cada amanecer, tornando el arrebol. No sé, hay quienes se cuestionan la existencia al caer la noche. Por mi parte, la mañana siempre ha sido mi preferencia. Me levanto en cuestión de segundos y miro mi reflejo en el agua, contemplando mis rasgos y me interno en mis recuerdos y la ira en mi voz. No vendría mal un abrazo para encenderme como luciérnaga, pero ya son las siete y cuarto, no quedan más de quince minutos y ni siquiera he tomado desayuno, ¿y pues? Se cumple la hora y yo ante la puerta, y con una suerte de infante, busco tu mirada. Poner sonrisa en tu piel no es tarea fácil, aunque bien los ojos de una persona nunca mienten. Por más que se quiera ocultar, los ojos siempre serán la ventana a quienes te contemplen con delicadeza. Y quién sabe... ¿cómo saber que esta será nuestra última muestra

de cariño? Con dulce voz, te despides subiendo en una de esas máquinas por un espacio solo, y ante la puerta y mi reflejo tiro un tardío y callado sustento a tu rumbo.

Santiago

Santiago está enfermo. Hace años que no sale de su casa y a veces pasa semanas acostado mirando el techo o inventando historias con los ojos cerrados. A veces él es el protagonista, y otras son solo situaciones que imagina pertenecen a escenas de películas. Al lado de la cama tiene un escritorio que usaba cuando estaba en la universidad, pero que ahora funciona como un velador extenso para los platos de comida que acumula sin lavar. Bajo el escritorio hay un basurero lleno de papeles con semen y envoltorios de comida rápida. Su habitación huele a papas fritas y salsa de soya. Cuando limpia, solo lleva los platos a la cocina y cambia la bolsa de la basura. Como no quiere permanecer mucho tiempo en pie – por miedo a su enfermedad – debe volver a su cama luego.

Santiago fue el primero en contraer la enfermedad en el país. Por meses doctores lo visitaban y le hacían exámenes. Cada uno de ellos se iba perplejo sin encontrar respuestas. Sus amigos cercanos nunca se dejaron de preguntar cómo había ocurrido eso; sobre todo a Santiago, el más compuesto del grupo de amigos, el que estaba destinado a ser brillante. Fue el primero en obtener una educación envidiable, el primero en fundar cimientos para

las futuras generaciones, y el primero en encontrar un trabajo estable con buen dinero y posibilidad de crecimiento. Muchos los miraban con envidia, recelo, y odio incluso, pero no cabía duda que cuando algo pasaba, todos acudían a él.

Cuando cayó en cama, nadie lo podía creer.

“Pero... ¿qué te pasó? No entiendo. Explícame de nuevo.”

“Mira, lo que pasa es que no podía seguir y necesito descansar.”

“¿Cuánto?”

“No sé. Yo creo que hasta que me sienta mejor, más repuesto. A veces eso sí me siento más cansado.”

“¿Entonces?”

“No cacho, de verdad no cacho.”

“Y, ¿cómo te enfermaste?”

“Un día estaba llegando a la casa después de la pega... me quedé dormido encima de la cama con la ropa puesta.”

“¿Y después?”

“Al día siguiente seguí durmiendo hasta las 6, sonó la alarma y no me pude levantar. Llamé a la pega y dije que estaba en la caca. Con otras palabras eso sí. Al día siguiente lo mismo.”

Poco a poco las visitas de sus amigos empezaron a ser más infrecuentes y rápidas. Al parecer ellos también se habían cansado. Un día ya no los vio más. Santiago nunca lo supo, pero iba a obtener respuestas aunque no quisiera. La incertidumbre de su soledad le dio algo de energía y se preparó un cigarro y una taza de café. Aletargado se subió a la ducha y dejó correr el agua helada. Sin notarlo había llegado un día importante: el día en que se cansó de estar cansado.

*

Ya en la calle, el sol nubló su vista y cubriéndose con una mano, caminó hacia el centro. Las calles estaban desiertas, desoladas, destruidas. El humo hacía el aire más pesado y Santiago se cansaba más rápido. Parecía ser una ciudad distinta, distante, pero no sabía por qué. Le cansaba recordar cosas. Caminó. Llegando a una gran avenida – que le cansaba recordar su nombre – vio un gran palacio manchado de sangre, sudor, y lágrimas; vidrio reventado

adornaba la entrada que estaba carbonizada. Al frente del palacio había un mástil enorme con un trapo colgando con colores desteñidos, colores que quizás alguna vez significaron algo, o que quizás nunca lo hicieron. Un rojo podrido con tintes negros, un azul contaminado, y una tonalidad clara que parecía ser café, como la mierda esparcida en las calles. A los pies del mástil había cientos de moscas alimentándose de un bulto inmóvil.

Perplejo por la situación, Santiago continuó hasta el río en donde encontró a una señora fumando un cigarro y mirando el caudal. Su mirada estaba perdida a través del tiempo, a través de la memoria.

“Señora, disculpe. ¿Dónde están todos?” pregunto Santiago exaltado.

“Viendo el partido.” Le respondió sin inmutarse.



